

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO:

ROUGEM

El puente de mando.

Una impresionante estructura militar. Seiza sabía cómo eran los puentes de mando de las naves de guerra imperiales, pero nunca había estado en uno tan importante como éste, el de la nave insignia de Hoox. Desde allí se enviaban órdenes a literalmente toda la flota que controlaba el sector. Los técnicos estudiaban datos en sus pantallas, procurando ser ajenos a lo que sucedía a su alrededor, excepto cuando se exigía su atención. Todo el mundo mantenía la pose adecuada. Seiza no había creído posible imponer tal disciplina: Ella había visto androides que se movían con más libertad.

Hoox no estaba impresionado en absoluto, por supuesto. A fin de cuentas, éste era su hábitat natural, el mundo en que se sentía más cómodo (Muchísimo más cómodo que a solas con ella, se le ocurrió pensar a Seiza). Los oficiales que no estaban encargados de controlar pantallas, adoptaron posición de firmes para saludar a Hoox. El capitán Tryskho se esforzaba por ocultar su sonrisa de satisfacción al volver a estar bajo su mando. El cibernético al que Hoox llamaba Nokeis no parecía expresar emociones.

-Señor -dijo Tryskho-, espero sus órdenes.

-Preparen dos cazas TIE -ordenó Hoox-. Sanui y yo vamos a volver al cinturón de asteroides.

El capitán perdió su sonrisa, su satisfacción y su buen humor ante tan devastadora noticia.

-¿Señor? -se permitió preguntarle. Tryskho sabía que Hoox, a diferencia de otros oficiales imperiales, admitía que sus subordinados le discutiesen algunas de sus órdenes menos ortodoxas, siempre y cuando no estuviesen en batalla. Tryskho también sabía que el almirante rara vez cambiaba de opinión, pero de todos modos, iba a intentar convencerle.

-Tryskho -dijo el almirante-, usted y Nokeis acompañenme a mi camarote. Debo hacerles partícipes de un plan de altísimo secreto. Tú también, S... Sanui.

Los dos oficiales imperiales se alejaron marcando el paso, Hoox mil veces más imponente que el capitán. Nokeis les siguió con paso casual, a fin de cuentas él no era un militar. Seiza también les siguió, pensando en el efecto que causaría ella, con el uniforme imperial que Hoox le había proporcionado para que ella pudiese deshacerse de los harapos en que se habían convertido sus ropas. En realidad,

el uniforme le quedaba ridículamente grande por todas partes, y ella se sentía muy rara vestida de imperial. Se había cortado las mangas con el sable de luz para que las manos no se le quedasen dentro todo el tiempo, de modo que no le molestasen si tenía que coger el sable de luz. De todos modos, su aspecto era... una divertida contradicción.

-Y yo que creía que sería demasiado baja para soldado de asalto -pensaba ella-, y mira, ahora ya soy oficial-. No pudo evitar sonreír.

Cuando entraron en el camarote de Hoox, éste les explicó, a grandes rasgos, qué era el alienígena que había sido abatido en Gadamar. Mientras Seiza se fijaba en cuán espartano era el habitáculo de su... de Hoox, éste hablaba de las capacidades de control mental de esos alienígenas, a los que dio nombre en ningún momento. La impresión que Tryskho probablemente obtuvo era que aún quedaba, en ese asteroide perdido, una especie de panal de controladores mentales, y que Hoox y Sanui, que habían desarrollado inmunidad a esas criaturas, regresarían al asteroide y acabarían con la reina. La impresión de Nokeis se ajustaba exactamente a las palabras de Hoox, hasta el micrómetro.

-Apenas tiene un... catre -pensó Seiza-, porque esto ni siquiera es una cama. El camarote no mide más de seis metros cuadrados. No hay decoración de ningún tipo. El armario tiene una puerta minúscula... Hoox, ¿puedes realmente vivir así? -se dijo a si misma.

-Nokeis -dijo Hoox-, queda al mando.

El cibernético no hizo ningún gesto excepto un leve asentimiento con la cabeza. Tryskho, por el contrario, decidió intervenir.

-Señor -dijo-, no comprendo por qué Nokeis recibe una tarea de tan grande responsabilidad.

-Ahora sabemos -dijo Hoox- que el control mental es más lento cuando la mente a controlar es en parte mecánica. Debido a sus implantes cibernéticos en el cerebro, Nokeis resistirá el control mental más tiempo que ningún otro. Además, él puede detectar los síntomas del control mental. Descenso de la eficiencia superior a un 20%, fallos de coordinación, lentitud de reflejos, sonrisas estúpidas y sin motivo... Los científicos han encontrado las lecturas que indican control mental, obténgalas.

-Sí, señor -dijo Nokeis.

-En caso de que alguien se niegue a obedecer una de sus órdenes, Nokeis -dijo Hoox-, hágalo arrestar. No podemos correr riesgos.

-Sí, señor -repitió Nokeis, con el mismo tono de voz y la misma inflexión. Seiza pensó, al oírle, que se trataba de una grabación de la frase.

-Lo lamento, Tryskho -dijo Hoox-. Me hubiese gustado dejarle al mando, pero las circunstancias indican que no es

la persona adecuada para controlar esta crisis.

-S-s-señor -dijo Tryskho, bastante nervioso.

-Usted tampoco, Nokeis -dijo Hoox-, aunque cuente con cierta ventaja. Se mantendrá a un androide en el puente para que le vigile. Si usted llega a ser controlado, el androide dará la alarma.

-Sí, señor -insistió Nokeis; Seiza estaba a punto de echarse a reír.

-Créame que lamento muchísimo tener que hacer esto -dijo Hoox-, pero no podemos permitir que "eso" entre aquí. Cada uno de ustedes dos tiene, a partir de ahora y hasta mi regreso, autoridad para destruir la nave si fuera necesario, a menos que resulten arrestados y controlados.

-Hoox -intervino Seiza, dando un paso al frente-, lo que estás haciendo es una locura. Él no podrá controlar esta nave desde el cinturón de asteroides.

-Tal vez sí -dijo Hoox-, cuando la nave entre en el cinturón de asteroides. El alcance desde su base puede ser proporcionalmente mayor, tal vez hasta alcanzar la órbita de Stige.

Seiza se sintió aturdida.

-Pero... -empezó a balbucear Tryskho-. ¿Vamos a meter la nave en el cinturón de asteroides?

-Le recomiendo que conecte los escudos -dijo Hoox-. Destruyan todos los asteroides que haga falta.

-Pero, Hoox -dijo Seiza-, ¿para qué tiene que entrar tu nave insignia en la boca del lobo?

-Si fallamos -dijo el almirante-, si morimos en Stige, ésta es la nave más adecuada para bombardear el asteroide y acabar con esa amenaza.

-¿Por qué no empezamos por esa opción? -preguntó Tryskho-. Metemos la nave, usted se encarga de que nadie nos controle, y destruimos el asteroide.

-Hay gente inocente ahí dentro, capitán -explicó Hoox-. Tal vez podamos salvarles.

Tryskho miró hacia abajo. Era demasiada información para digerirla tan rápidamente (aunque a Nokeis le iba bastante bien).

-¿Cuánto tiempo les damos? -dijo Tryskho al fin-. ¿Cuánto, entre el momento en que ustedes entran en el cinturón de asteroides y el momento en que entramos nosotros?

-Bueno, el cinturón es grande... -dijo Hoox, meditando.

-Stige es también muy grande -añadió Seiza.

-Si lanza contra nosotros todo lo que tenga... -empezó Hoox.

-Tal vez tardemos en encontrar el nido... -dijo Seiza.

-¿Tres días? -le preguntó Hoox a ella.

-Sobrarán -respondió Seiza.

-Creo que podemos permitirnoslos -dijo Hoox-. Al parecer, ni siquiera han controlado el planeta Gadamar. Mientras tanto, ¿qué tal si lo vigilan ustedes? ¿Qué tal si se

encargan de impedir que Gadamar sea controlado? Nokeis sólo estará al mando a partir del momento en que entren en el cinturón de asteroides, por supuesto.

-Sí, señor -dijo Tryskho.

Dos cazas avanzaron entre los asteroides. Seiza se sorprendió al ver que Hoox era un excelente piloto, esquivando asteroides con facilidad.

-No debería sorprenderme -pensó-. Ya vi que era buen piloto cuando se enfrentaba a mí.

-Hoox -dijo en voz alta y por el comunicador-, estás pasando por un camino demasiado estrecho, y tus cazas no...

Hoox movió su caza con maestría entre dos asteroides; Seiza se quedó sorprendida, y se imaginó a Hoox en la cabina de su TIE, sonriendo por haberla impresionado.

-¿Qué tal tú? -preguntó Hoox. Ella pudo observar un timbre de felicidad en su voz, aunque podría haberlo malinterpretado. Quizás era sólo la excitación al saber que volvía a entrar en combate. Quizás intentaba disimular su miedo aparentando estar alegre. Quizás...

-Sin problemas -dijo Seiza-. Sólo intento hacerme a la idea de que voy a volver a enfrentarme contra Manendra.

-Ya -dijo Hoox-. No te lo habría pedido si no fuera estrictamente necesario.

-Podrías haberlo intentado tú solo -dijo Seiza.

-¿Y dejarte con Bryony? -se sorprendió Hoox-. Además, hacemos un buen equipo. Hay sinergia entre nosotros... C-combatiendo, quiero decir -se apresuró a especificar-. Ya lo vimos la última vez.

-Tal vez estamos yendo hacia nuestra muerte -dijo Seiza.

-Si debo morir -dijo Hoox-, no se me ocurre mejor compañía que la tuya.

-Embustero -dijo Seiza sonriendo.

-En serio -dijo Hoox.

Seiza miró el caza de Hoox y se concentró en utilizar la Fuerza. Si sus emociones eran lo bastante intensas, ella podría averiguar cuáles eran. Desde luego, Hoox era un hombre decidido pero... Bueno, la emoción más perceptible que venía de ese caza era...

Maldita sea.

Los cazas habían alcanzado el asteroide Stige, y se habían introducido con cuidado y aparentemente pasando desapercibidos. A Seiza se le ocurrió preguntarse si Manendra habría previsto la posibilidad de una invasión. Hoox estaba seguro de que sí, sobre todo después de que ellos dos hubiesen huido sabiendo todo lo que sabían.

Los cazas avanzaron por los túneles hasta encontrar una de las salidas. Uno de los complejos se alzaba ante ellos, como una inmensa ciudad rodeada por una cúpula opaca de piedra.

En cuanto estuvieron a tiro, los artilleros empezaron a dispararles. Seiza intentó esquivar los disparos, pero los controles estaban atascados, y ella comprendió que la habían atrapado en un rayo tractor. Hoox reaccionó abriendo fuego contra los artilleros. Había muchos, pero Hoox era muy preciso en sus ataques y logró abatir a algunos. Seiza imitó su ejemplo y disparó; ella no era tan buena artillera como él, pero también les puso en jaque.

De pronto, los puestos de artillero dejaron de disparar. Manendra había retirado a sus hombres. Hoox destruyó igualmente algunos cañones, por si acaso.

Los dos cazas aterrizaron en el mismo hangar, y parecía que todos los artilleros estuviesen allí. Un montón de hombres, vestidos con monos, en perfecta formación y llevando orgullosos sus gemas y sus sonrisas de felicidad estúpida, apuntaban con armas bláster a Hoox y Seiza. Ella activó su sable. Él sólo hizo un gesto despectivo con la mano.

La primera fila de hombres salió catapultada hacia atrás, empujando en el proceso a todos los demás. Nadie podía disparar; estaban ocupados formando una especie de bola, hasta que chocaron contra una puerta cerrada y todos cayeron inconscientes.

-Te estoy viendo -dijo Hoox.

Uno de los hombres no estaba inconsciente. Levantó su pistola bláster y disparó una única vez, apuntando al inmóvil Hoox. Seiza se puso delante de él y movió su sable de luz para interceptar el disparo, que golpeó inofensivamente una pared. Hoox no hizo ningún gesto, pero el tirador hizo una mueca y, esta vez sí, fue noqueado por una fuerza invisible.

-Sé que nos estás oyendo, Manendra -dijo Hoox al aire y después movió la mano hacia el montón de tiradores-. ¿Cuántos de éstos vas a mandarnos? No te va a servir de nada, y lo sabes. Si es preciso, yo no tengo ningún problema en matarlos. Pero no será con carne de cañón que conseguirás detenernos.

Respondiendo a la amenaza de Hoox, se abrió la puerta con la que habían chocado.

Al otro lado sólo había un hombre.

Rougem.

El cazarrecompensas se alzaba, imponente, sobre sus más de dos metros, sin hacer un solo movimiento amenazador... lo cual resultaba mucho más amenazador que cualquier movimiento que pudiera hacer. Sus ojos estaban ocultos tras el visor, pero sonrió mostrando sus dientes. Tres filas de colmillos triangulares surgían de cada una de sus encías. Una centena de navajas capaces de cortar el acero rodeadas por su descuidado corte de barba.

Seiza levantó su espada, poniéndola perpendicular al suelo

mientras la cogía con las dos manos sin dejar de mirar a su enemigo. Era el protocolo de combate que se esperaba de un Jedi. Hoox no hizo ningún movimiento.

Rougem realizó unos movimientos determinados, preparando sus músculos para el combate. Ahora estaba dispuesto para luchar.

Hoox reconoció los movimientos de Rougem y aspiró aire sonoramente.

-¿Qué pasa? -le susurró Seiza, sin dejar de mirar a Rougem.

-Concéntrate en el combate -dijo Hoox, preparando su sable de luz. Él no iba a hacer que Seiza se distrajesse en un momento tan peligroso.

Los dos usuarios de la Fuerza cargaron contra su enemigo. Seiza confiaba en vencerle rápido: Era sólo un cazarrecompensas, no tenía siquiera un sable de luz. Sin embargo, debido al susto que se había llevado Hoox, ella no quería darle ninguna oportunidad.

Hoox y Seiza llegaron a donde estaba su impasible enemigo, y ambos atacaron con sus sables de luz; Seiza lo movió en una finta horizontal, y Hoox intentó atacar en vertical. Rougem se tiró al suelo para esquivar el ataque de Seiza y, antes de que el sable de Hoox llegase a tocarle, él golpeó con su pie la nalga del almirante. De la punta de su bota había surgido un pequeño vibrofilo, que rozó la piel de Hoox y le hizo derramar su primera sangre. Hoox no gritó, pero el dolor del rasguño le mantendría ocupado un par de segundos.

Uno aturdido; ahora había que ocuparse del otro.

Seiza intentó aprovechar que Rougem estaba en el suelo para atacarle, pero Rougem extrajo de su manga un pequeño lanzallamas. Un cono de combustible ardiente de dos metros de longitud apareció entre Seiza y su objetivo. Ella tuvo que retroceder, sorprendida y, ¿cómo negarlo?, un poco asustada por el fuego. Mientras, Rougem se levantó.

Hoox logró recuperarse antes de lo que el cazarrecompensas esperaba, y le atacó silenciosamente desde el flanco, pero el cazarrecompensas fue lo bastante rápido para mover su mano y agarrar la mano de Hoox que sostenía el sable. Rougem mantuvo un pulso de fuerza bruta contra el imperial, aplastándole los dedos mientras le impedía golpear con el sable, y aprovechó la otra mano para coger una pistola bláster y disparar contra Seiza en rápida sucesión. Ella logró deflectar los disparos con su sable, pero no se atrevía a redirigirlos contra Rougem por miedo a darle a Hoox.

-¡Agggghh! -gimió Hoox; sus dedos empezaban a pasarlo realmente mal. Debido al grito, Rougem se confió un instante, y eso fue todo lo que necesitó Hoox para hacer un sutil truco de contorsionista y sacar su mano de la presa. Aprovechó la oportunidad para alejarse un par de pasos.

En el proceso de soltarse, Hoox abandonó su sable de luz en el puño de Rougem. Rápidamente, Rougem lo miró, comprendió que su falta de experiencia con un arma así le podía salir muy cara, y arrojó el sable a un pozo de ventilación.

Antes de que el sable llegase al pozo, se detuvo en el aire y salió volando hacia la mano de Hoox, que lo recogió. Seiza aprovechó la ocasión para atacar a Rougem con el sable sobre la cabeza, pero Rougem se movió rápidamente y le golpeó dolorosamente en la cara. Ella retrocedió, intentando averiguar si sangraba por la nariz.

Hoox no atacó entonces a Rougem. Parecía bastante claro que Rougem peleaba mejor que cualquiera de ellos en solitario, así que dedujo que su única oportunidad era atacarle los dos juntos. Mientras Seiza se recuperaba y pasaba una mano por su nariz (la mano acabó seca excepto por un par de mucosidades; menos mal), Hoox se mantuvo en guardia, a unos seguros tres metros de Rougem, y formando un triángulo con Seiza. Durante un segundo, Hoox desvió sus pupilas para mirar a su... a Seiza (¡Deja de pensar así!, se reprochó) para comprobar que estaba bien, y después volvió a mirar a Rougem. Rougem tenía que girar la cabeza para mirar a cada uno y, aunque era el único que aún no había derramado su sangre, se sabía en desventaja.

De pronto, Rougem disparó con su pistola bláster hacia los controles de iluminación, y sumió el hangar en tinieblas. Quedaba cierta iluminación que provenía de la puerta abierta a la espalda del cazarrecompensas, pero eso era todo.

Entonces, el cazarrecompensas saltó verticalmente hasta desaparecer de la vista de sus enemigos.

-Conozco ese truco -pensó Seiza-. Ashla me lo enseñó.

Pero Seiza estaba equivocada. No se trataba de una habilidad Jedi. Rougem poseía implantes cibernéticos en sus piernas que le permitían dar saltos muy altos, y ahora estaba agarrado al techo con las manos. Avanzó con cuidado, pasando de una tubería a otra y quizá a un cable, como un enorme y mortal insecto lleno de aguijones, hasta alcanzó una pared. Después, empezó a descender.

Ahora ya había puesto a sus enemigos ante la puerta, y por tanto ellos no podrían ver su silueta. Él no contaba con ese tipo de desventaja: Gracias a su visor, podía ver en la oscuridad perfectamente. Mientras una mancha roja que era Seiza se movía, confusa, dando vueltas para intentar encontrarle, la otra mancha roja se mantenía inmóvil, como meditando.

-Un enemigo peligroso -pensó Rougem-. Ahora que no cuenta con sus ojos, los ha cerrado e intenta concentrarse en sus otros sentidos. A alguien así no le podré dar desde aquí...

Rougem, aún pegado a la pared como el mejor escalador (Las ventosas retráctiles en manos y pies ayudaban un poco),

cogió un objeto cilíndrico que no tenía nada claro qué era, pero pesaba lo bastante para sus fines. Se lo lanzó a Seiza con mucha fuerza.

Hoox oyó el sonido del cilindro volando y dando vueltas, y se tiró al suelo.

-¡Seiza, cuidado! -gritó.

Era demasiado tarde. Seiza sintió el peligro pero no pudo esquivarlo y el objeto le golpeó en la cabeza con tanta fuerza como un bantha embistiendo. Cuando su cuerpo cayó al suelo, ella ni siquiera podía sentir los fluidos que se deslizaban sobre sus mejillas.

-A oscuras, tiene ventaja -pensó Hoox-. Además, si coge a Seiza como escudo humano... Tengo que sacarle de aquí.

Hoox se acercó a la puerta abierta y se quedó en ella, para asegurarse de que Rougem le viese. Rougem no veía la silueta perfilada, sino una forma perfectamente clara, con un sable de luz encendido. Un objetivo claro... que estaba mirando directamente hacia él.

-No puede saber dónde estoy -pensó Rougem.

Hoox corrió directamente en la dirección de la que venían los sutiles sonidos, con la espada levantada. Rougem se vio obligado a moverse, a saltar desde la pared al suelo mientras el sable de luz destrozaba el lugar donde él había estado un instante antes. Pero, cuando se apoyó en el suelo, Hoox también oyó ese sonido y dirigió su sable hacia él.

Rougem volvió a esquivarle, y empezó a correr. Se dirigía instintivamente hacia la salida, siguiéndole el juego a su enemigo. El imperial siguió al cazarrecompensas hasta el pasillo que comunicaba con el hangar y, una vez fuera, sostuvo su sable con las dos manos y sonrió amenazador.

Rougem le miró, irritado. Sabía que ahora no podía volver al hangar, y tenía que combatir con esta persona en igualdad de condiciones. En el pasillo había demasiadas fuentes de iluminación. Sacó de su gabardina un arma bastante grande que Hoox no había visto antes, y disparó varias veces. Pequeñas esferas de unos pocos centímetros de diámetro surgieron del cañón y se acercaron a Hoox. Cuando éste intentó destruir una, la esfera explotó con mucha fuerza; el sable de Hoox empezó a vibrar, pero él se empeñó en hacer explotar a las demás esferas. Después de todo, siempre sería mucho mejor eso que permitir que las esferas explotasen al golpearle a él.

Dos de las esferas lograron atravesar la guardia de Hoox y explotaron al contacto con su piel. Hoox cayó al suelo de espaldas, apoyándose en las manos. Rougem le apuntó de nuevo con el arma, preparando un disparo que le daría de lleno en la cabeza.

Hoox cerró los ojos y se concentró.

El arma de Rougem explotó en su mano. El cazarrecompensas no sufrió daños, pero se quedó sin su juguete y tuvo que

tirarlo. Mientras tanto, Hoox ya se había recuperado y levantado, y atacó a Rougem con su sable. Rougem intentó esquivarle, pero Hoox había previsto esta posibilidad y, haciendo girar el sable en su mano como si fuese un bastón, atacó de nuevo a Rougem en una rápida sucesión. El cazarrecompensas sufrió un corte superficial en la gabardina y en el torso, pero no cayó sangre.

-Quizá no puedas sangrar -pensó Hoox-, pero veamos cuán peligroso eres con la cabeza separada del cuerpo.

Rougem se dio cuenta de que había perdido varias de las armas que llevaba ocultas, pero atacó amenazadoramente a Hoox con sus seis filas de colmillos. Hoox retrocedió un paso y contraatacó con su espada. Rougem alejó su cabeza mientras se prometía mentalmente que no volvería a intentar esa estupidez.

Aún aturdido por la pérdida de su armamento, Rougem tuvo que seguir retrocediendo cuando Hoox le atacó de nuevo, sin darle ocasión de recuperarse o de preparar una estrategia. Encontró una puerta y decidió entrar y cerrarla. Eso le daría ocasión de recuperarse, mientras Hoox buscaba la forma de abrirla.

Rougem recuperó el aliento y se fijó en que era una especie de hangar, uno de estos sitios donde guardaban vehículos repulsores que, sobre vías, avanzaban hacia otros complejos subterráneos. Pero no tuvo tiempo de pensar más en eso: Hoox ya había introducido su sable en la puerta y empezaba a hacer un agujero. En esos preciosos segundos que tardaría, Rougem ya se había preparado. Con otra arma de su interminable arsenal, apuntó al semicírculo que Hoox estaba cerrando y, cuando el círculo estuvo completo y empezaba a caer, Rougem disparó.

El disparo atravesó el agujero redondo y golpeó una pared al otro lado. Hoox era lo bastante listo para no quedarse dentro de su propio círculo de fuego.

La puerta se abrió, deslizándose hacia un lado, y Hoox entró. En vez de adoptar una postura amenazadora, se agachó y empezó a correr, esquivando un nuevo disparo de Rougem.

-Es un lanzaproyectiles wookiee -pensaba Hoox-. En vez de quedarse la cabellera...

Cuando Rougem estuvo a medio metro de él, Hoox le atacó con su sable, y logró por fin golpearle. Rougem retrocedió, herido, y Hoox avanzó para golpearle de nuevo. El cazarrecompensas extrajo un vibrohacha, la encendió y perforó el vientre de Hoox. El imperial le obligó a soltar el arma moviendo su sable, pero el hacha se quedó en el interior del cuerpo de Hoox, vibrando y causándole cada vez más daño, cada vez más dolor.

-Sólo necesito unos segundos más -pensó Hoox, empapado en sudor mientras su uniforme se manchaba de sangre-. No es tan grave, ni siquiera ha salido por el otro lado.

Con el ceño fruncido, Hoox atacó de nuevo a Rougem y, de

un golpe de sable de luz, logró cortarle el brazo izquierdo. La herida se cauterizó al instante y no salió una sola gota de sangre, pero Rougem gritó de dolor. El brazo, a diferencia de otras partes de su cuerpo, era orgánico.

Sin embargo, Rougem aún contaba con su brazo derecho. Hoox estaba demasiado cerca para usar un rifle, así que sacó una pequeña pistola de proyectiles sólidos con aspecto peligroso, y disparó a Hoox, dándole en el corazón con un extraño dardo mientras él le golpeaba una vez más con su sable.

Ambos habían sido gravemente heridos en ese último intercambio. Rougem retrocedió, y comprendió que sus heridas eran mortales, así que sonrió a Hoox con sus dientes de tiburón: Si ese dardo explosivo no acababa con él, lo haría el detonador termal.

Entonces Rougem sintió una sensación extraña. Hoox estaba en su cerebro, pero él no podía comprenderlo. Era algo muy raro, algo que ya había sentido antes, al entrar en Stige...

-¡Urk! -dijo Rougem.

Rougem sentía como si su tráquea estuviera siendo aplastada. Mareado, retrocedió, sin darse cuenta de que el malherido Hoox, encorvado y sudoroso, le estaba guiando.

Finalmente, el cazarrecompensas cayó, muerto, sobre uno de los trenes subterráneos. Hoox lo arrancó usando la Fuerza, y el tren salió disparado sobre su vía, a cientos de metros por segundo. Entró en un túnel y siguió adelante.

Hoox pasó a mirar la vibrohacha en su vientre.

-Esto va a doler -pensó, agarrándola por el mango con ambas manos. Cerró los ojos, apretó los dientes y tiró de ella hacia fuera.

De pronto, se oyó una explosión que venía de uno de los túneles. El asteroide entero tembló, y Hoox cayó golpeando su espalda contra el suelo. Sus ojos estaban abiertos, la vibrohacha estaba en su mano, pero su estómago era una mancha carmesí, y el dardo seguía afectando a su corazón cada vez más.

-Seiza... -fue la última palabra que dijo antes de cerrar los ojos.

Fin del décimo noveno capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.